

MCCARTHY: Me dicen que es usted un columnista de primera. ¿Quiere una copa?

PERIODISTA CÉLEBRE: Señor senador, creo que debe usted saber que lo desprecio y que desprecio todo lo que usted representa. Creo que usted constituye la fuerza del mal más poderosa en el mundo de hoy.

McC.: No me diga. ¿Quiere una copa? ¿Qué le sirvo?

Pc: Ya le he dicho, senador, que lo desprecio y lo detesto. He venido a denigrarlo. De nada le valdrá tratar de ser amable conmigo.

McC.: Ya hablaremos después. Dígame ¿qué le...?

Pc: Lo diré todo en seguida. Sólo quiero advertirle por decencia que no espere limosnas de mi parte. Creo que...

McC.: Caramba ¿se va a tomar una copa o no? Decídase primero.

Pc: (a punto de deshidratarse): Si queda aclarado que no me comprometo en nada, que no me retracto de una sola de las palabras que le he dicho, que su amabilidad no va a cambiar mi opinión, tomaré una copa con usted. Tomaré, si me hace el favor, un whiskey, quizá con un poquito de soda.

McC.: Vaya.

Empezó la entrevista y siguió sin interrupciones durante una hora más o menos. El señor de Londres no podía preguntar nada sin decirle a McCarthy qué ser tan abyecto y podrido era. McCarthy no podía responder sin ofrecerle un whiskey con quizá un poquito de soda. Casi se caían de borrachos los dos cuando le recordaron a McCarthy que tenía que ir al dentista. Le pidió a San Jorge que lo acompañara, y la entrevista continuó, en la medida posible, mientras McCarthy abría las mandíbulas de par en par y un dentista trataba de taparle las muelas con mano temblorosa y de animarlo en un ambiente entristecido por la plática y perfumado con las emanaciones del whiskey que el doctor le había dado a su paciente para que se enjuagara la boca. De vuelta en la oficina, y después, en la casa de McCarthy, la entrevista proseguía, degenerando, y duró hasta el amanecer. Por fin terminó. El inglés escribió sus artículos, que echaban chispas de indignación, pero que no constituyeron el sangriento ataque que su autor se había propuesto lanzar contra McCarthy. No acabaron con él.

La noche en que McCarthy murió, un amigo suyo, uno que no había hecho más que despreciar el papel que McCarthy desempeñaba, llegó ya tarde a su casa y se encontró a su esposa sentada junto al radio y llorando — no de pena, se supo después, sino por decepción. Explicó que había escuchado todos los comentarios que se habían hecho sobre la muerte de McCarthy. “Todos han dicho lo mismo”, dijo entre lágrimas, “y todos se han equivocado, todos, todos. Han dicho exactamente lo contrario a la verdad. Todos lo odiaban, pero le tenían preparado un póstumo elogio, y ¿qué le han reconocido? Que era sincero. Cada uno ha dicho: ‘Al menos era sincero — tenía fe en lo que hacía’, cuando eso era lo único que no podía decirse de él.” Prosiguió con lacrimosa elocuencia: “Era un hipócrita, nunca fue sin-

cero, nunca tuvo la intención de poner fe en lo que estaba haciendo. No puede decirse casi nada bueno de él, sólo que era generoso con sus amigos y que unos cuantos no podían dejar de quererlo. Ninguno ha dicho eso, y ninguno lo dirá. Sólo estupideces sobre su sinceridad.”

McCarthy fingía tener fe a los ojos de los verdaderos creyentes. Entre aquellos que lo conocieron, muy pocos le creían que estaba convencido de lo que decía. Fue un especulador en política, un terrorista que perforó el comunismo y que lo vio brotar a chorros. A él le gustaba el surtidor que había hecho, pero lo mismo le hubiera gustado otro cualquiera. Disponía de una tremenda habilidad para manipular los asuntos políticos, pero éstos casi no le interesaban. Su candidatura al Senado recibió fuerte apoyo de los comunistas (“Los comunistas tienen tanto derecho a votar como cualquiera, ¿verdad?”, dijo cuando le acusaron de recibir el apoyo izquierdista, y para sacar provecho agregó: “La proposición de Stalin respecto al desarme mundial es algo importante”), y se había pasado cuatro años en el Senado sin hacer casi mención del comunismo. Cuando descubrió que el comunismo le podía rendir algún provecho, lo utilizó, pero él era un demagogo tan frívolo como flojo, y nunca superó esto del todo. Se conformó con pasar los datos tal como Roy Cohn se los había pasado a él. Las más de las veces no sabía de qué o de quién estaba hablando. (El difunto Howard Rushmore, un verdadero experto, renunció a trabajar con McCarthy porque no podía soportar esa falta absoluta de organización. “¡Qué archivos”, decía Rushmore temblando. “Por Dios, qué lío.” McCarthy era único. Sólo él era capaz de decir, en un día de primavera en 1950, que al día siguiente daría el nombre “del espía comunista Número Uno en los Estados Unidos”, cuando a decir verdad no tenía la menor idea de qué nombre iba a citar —y después—, al día siguiente, de tomar el nombre de una persona cuya existencia le había pasado completamente inadvertida hasta el día anterior. Sólo McCarthy era capaz de agitar en el aire un pedazo de papel que bien podía ser un boleto del estacionamiento o una nota de la lavandería, cualquier cosa, menos una lista de comunistas que trabajaban en el gobierno — y decir que el papel era una lista de comunistas que trabajaban en el gobierno.

EL DEMONIO NO ESTABA ENDEMONIADO

McCarthy era un demonio, pero no estaba, afortunadamente, endemoniado. Su talento para la demagogia era enorme, pero le faltaba la más pavorosa y esencial de las virtudes demagógicas: fe en lo sagrado de su propia misión. Para vencer a la adversidad un hombre necesita el valor de sus convicciones, y si no las tiene, difícilmente puede volverse valiente. Automáticamente la falta de convicción hizo a McCarthy más vulnerable y como ser humano se volvió más interesante que cualquiera de sus discípulos. La convicción que le hacía falta era un absurdo, y cualquiera era mejor por no tenerla. Su amigo y abogado, Edward Bennet Williams, siempre ha insistido en que McCarthy no se lanzó a conquistar poder, sino la fama, y la dis-

tinción se antoja válida, en su caso y en el de otro cualquiera.

La conquista de la fama siempre es menos peligrosa porque se frustra con mayor facilidad. Es egoísta, o egocéntrica, en el más estricto sentido, y hace de la derrota y de la humillación un asunto más personal. “La fe en una causa santa”, ha escrito Eric Hoffer, “es indudablemente un sustituto de la fe que no tenemos en nosotros mismos”. Si McCarthy tuvo alguna vez fe en una causa santa, la perdió muy pronto y concentró toda su fe en sí mismo. Era un cínico, un auténtico cínico. Nunca es admirable el cinismo, pero le hace menos daño al mundo cuando un hombre de tanto talento como McCarthy se burla de la moral, que cuando se enciende en alguien vengativo y destructor. El cinismo de McCarthy era vengativo y destructor, pero nunca ardió, y al final demostró que no era capaz de prender fuego ni al Senado de los Estados Unidos.

DEL AMOR

CARTA A SOR FILOTEA

Por Sor Juana Inés de la CRUZ

Y SI NO, ¿cuál fue la causa de aquel rabioso odio de los fariseos contra Cristo, habiendo tantas razones para lo contrario? Porque si miramos su presencia, ¿cuál prenda más amable que aquella divina hermosura? ¿Cuál más poderosa para arrebatarse los corazones? Si cualquiera belleza humana tiene jurisdicción sobre los albedrios, y con blanda y apetezida violencia los sabe sujetar, ¿qué haría aquélla, con tantas prerrogativas y dotes soberanas? ¿Qué haría, qué movería, y qué no haría, y qué no movería aquella incomprensible beldad, por cuyo hermoso rostro, como por un terso cristal, se estaban transparentando los rayos de la Divinidad? ¿Qué no movería aquel semblante, que sobre incomparables perfecciones en lo humano señalaba iluminaciones de divino? Si el de Moisés, de sólo la conversación con Dios, era intolerable a la flaqueza de la vida humana, ¿qué sería el del mismo Dios humanado? Pues si vamos a las demás prendas, ¿cuál más amable que aquella suavidad y blandura, derramando misericordia en todos sus movimientos? ¿Aquella profunda humildad y mansedumbre? ¿Aquellas palabras de vida eterna y eterna sabiduría? Pues ¿cómo es posible que esto no les arrebatara las almas, que no fuesen enamorados y elevados tras él? Dice la Santa Madre mía, Teresa, que después que vio la hermosura de Cristo, quedó libre de poderse inclinar a criatura alguna, porque ninguna cosa veía que no fuese fealdad, comparada con aquella hermosura. Pues ¿cómo en los hombres hizo tan contrario efecto? Y ya que como toscos y viles no tuvieran conocimiento ni estimación de sus perfecciones, siquiera, como interesantes, ¿no les moviera sus propias conveniencias y utilidades en tantos beneficios como les hacía, sanando los enfermos, resucitando los muertos, curando los endemoniados? Pues ¿cómo no le amaban? ¡Ay Dios, que por eso mismo no le amaban, por eso mismo lo aborrecían! Así lo testificaron ellos mismos.